

de la transfiguración, el trastorno de los elementos en la crucifixión y muerte del Señor; todo hace de Jesús la maravilla de los siglos, la gran obra del poder y sabiduría de Dios.

2° El mismo **Cristo realizó muchísimos milagros** según el Evangelio. Pero, más que el número, lo que importa ver es el modo de hacerlos. Nuestro Señor hacía los milagros por sí mismo, o sea, por su propia virtud y sin recurrir a otro poder distinto del suyo. Antes que él, todos los taumaturgos que hubo hicieron milagros invocando siempre el poder de Dios, enteramente persuadidos de que nada podían por sí mismos. Sólo Nuestro Señor los hizo por propia autoridad, y para probar su divinidad, lo que lo constituye como el Taumaturgo por antonomasia.

3° Fue convenientísimo y necesario que Jesucristo realizara grandes milagros para probar su misión y su persona divinas. Con ellos Jesucristo conseguía un doble fin: • ante todo **confirmaba la verdad que enseñaba de parte del Padre**, dando con los milagros la prueba fehaciente de que su doctrina venía de Dios; y por eso decía: «*Si no queréis creerme a Mí, creed a mis obras*» (Jn. 10 38); • y luego **mostraba que El mismo era Dios**, no por la gracia de adopción, sino de unión hipostática; y por eso decía: «*Las obras que mi Padre me concedió hacer, esas dan testimonio de Mí*» (Jn. 5 36).

Santo Tomás, pasando revista a las diversas clases de milagros, demuestra cómo con cada una de ellas lograba Nuestro Señor el doble fin señalado.

1° Con los **milagros sobre los espíritus angélicos**, Cristo mostraba que es superior a los ángeles, y que todos ellos le están sometidos: • los **ÁNGELES BUENOS**, apareciéndose a los hombres para testificar sobre Nuestro Señor, o para servirle en sus necesidades; • y los **DEMONIOS**, reconociéndole muy a pesar suyo como Mesías y verdadero Dios, y teniendo que obedecerle cuando con imperio los expulsaba de los posesos.

2° Con los **milagros sobre los hombres**, Jesucristo se mostraba Salvador universal y espiritual de todos ellos, mediante la curación de sus dolencias físicas. Por ese mismo motivo, Santo Tomás observa hermosamente, siguiendo a los Santos Padres, que Nuestro Señor nunca curó a un hombre en el cuerpo, que no lo curase en el alma, concediéndole el perdón de los pecados, el don de la fe y la gracia santificante, aunque no siempre lo dijera expresamente.

3° Con los **milagros sobre las criaturas irracionales**, Nuestro Señor probaba que él era Dueño y Señor de toda la creación, pues pertenece al poder de la divinidad que toda criatura le esté sometida. Además, en las criaturas irracionales e inanimadas no cabe sugestión ni engaño alguno.

4° Finalmente, con los **milagros obrados sobre los cuerpos celestes**, Cristo probaba su divinidad mejor que con los obrados sobre los cuerpos inferiores; pues los cambios operados sobre estos últimos pueden hacerlos a veces otras causas, mientras que los cambios del curso de los cuerpos celestes, que Dios ha ordenado de manera inmutable, sólo El puede hacerlos.

El milagro, primera prueba divina de la religión revelada

Toda nuestra fe se funda en la resurrección de Nuestro Señor como una casa en sus cimientos. «*Si Cristo no ha resucitado de entre los muertos –afirma San Pablo sin temor–, vana es nuestra predicación, vana es también vuestra fe, y aún estáis en vuestros pecados*» (I Cor. 15 13-17). Y es que Cristo mismo anunció su propia resurrección como señal cierta y segura de su divinidad, de su misión divina, de la verdad de toda su predicación.

Entonces le interpellaron algunos escribas y fariseos: «Maestro, queremos ver una señal hecha por ti». Mas él les respondió: «¡Generación malvada y adúltera! Una señal pide, y no se le dará otra que la señal del profeta Jonás. Porque de la misma manera que Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches» (Mt. 12 38-40).

Así pues, la resurrección de Cristo se presenta a nosotros a la vez como un milagro de primer orden, y como una profecía. Ahora bien, tanto el milagro como la profecía son los **sellos o firmas de Dios**. Un rey tiene su *sello* para rubricar sus decretos, y un hombre tiene su *firma* para suscribir sus cartas. Dios también tiene un sello, una firma que nadie pueda falsificar: son el *milagro* y la *profecía*, con que El rubrica las verdades reveladas por El, la religión por El fundada; pruebas facilitadas por Dios en todo tiempo, y acomodadas a la capacidad e inteligencia del hombre de todas las épocas. Empecemos hablando del milagro en esta Hojita de Fe, dejando la profecía para una Hojita siguiente.

1° El milagro.

El milagro es un *hecho sensible*, que *suspende las leyes ordinarias de la naturaleza*, supera sus fuerzas, y no puede ser producido más que por *una intervención especial de Dios*, como la resurrección de un muerto, la curación de un ciego de nacimiento.

No hablamos aquí más que de milagros de primer orden, absolutamente divinos, sea en su sustancia (la misma cosa producida escapa al poder de la naturaleza), sea en su modo (no puede la naturaleza producir ese efecto de esa manera). Estos milagros y hechos superan el poder de toda creatura. Indudablemente, Dios puede valerse, para realizarlos, del ministerio de los ángeles o de los hombres; pero ellos no obran

ni en nombre propio, ni por propio poder, sino en nombre y por poder de Dios, de quien son simples instrumentos.

Algunos dan también nombre de milagros a hechos que superan el poder de los seres visibles, pero no de los espíritus, y los llaman milagros **de segundo orden**, para distinguirlos de los primeros. Los ángeles y los demonios tienen un poder muy grande, y pueden usar de él, pero sólo con el permiso de Dios. Mas como Dios no deja que el demonio se valga de su poder para inducir a los hombres a error, siempre hay indicios y reglas por los que se puede descubrir el prodigio diabólico, y distinguirlo del verdadero milagro.

Dios puede hacer milagros, porque ha creado libremente el mundo, y libremente ha establecido las leyes que lo rigen. Puede, por ende, suspender esas leyes cuando así le plazca. Decir que el milagro es imposible, equivale a negar la omnipotencia de Dios; es ir en contra del sentido común de todos los pueblos; es negar los hechos históricos más ciertos.

El milagro no sólo es posible para el poder de Dios, sino muy conforme a su sabiduría. «No sería conveniente –dice Lactancio– que Dios hablara como filósofo que diserta: debe hablar como señor que manda. Debe apoyar su religión, no sobre argumentos, sino sobre las obras de su omnipotencia».

2º Objeciones contra el milagro.

1º El milagro trastorna las leyes y el orden de la naturaleza. Como Dios ha querido que esas leyes fueran invariables, el milagro es imposible.

Respuesta. El milagro es una simple suspensión de una ley particular en un caso particular, que no destruye la ley, sino que se limita a confirmar la regla. Si el director de un colegio concede un día de asueto, ¿queda por ello abolido el reglamento? Lo mismo sucede con el milagro, que no viene a sustituir la regla por la excepción. Que un paralítico camine, que un ciego vea, que un muerto resucite, no impide que la naturaleza siga sus leyes habituales, y que los hombres queden sujetos a la enfermedad y a la muerte. Luego el milagro no destruye las leyes ni la armonía del universo.

2º Los decretos de Dios son inmutables; ahora bien, como una suspensión de las leyes generales supone en Dios un cambio de voluntad, resulta que el milagro es imposible.

Respuesta. El milagro no supone cambio alguno en los decretos divinos: por un mismo acto de voluntad eterna, Dios decreta las leyes y las excepciones a estas leyes que quiere producir a lo largo de los siglos. Y así, Dios ha decretado que en tal momento, con motivo de tal súplica, por una razón digna de su sabiduría, suspenderá las leyes ordinarias de la naturaleza. Obrando milagros, Dios no cambia sus decretos, sino que los cumple.

3º ¿Cómo saber si un hecho «milagroso» supera todas las fuerzas de la naturaleza? ¿No habría que conocer todas sus leyes para esto?

Respuesta. No hace falta, y sostener lo contrario llevaría a la negación de todas las ciencias naturales. Aunque no conociéramos todas las leyes de la naturaleza, sí cono-

ceamos con certeza algunas de ellas: sabemos que un muerto no vuelve a la vida, que el fuego quema, etc.; por lo que, si observamos que algo va directamente contra estas leyes, deducimos con certeza que no puede ser producido por esas fuerzas naturales y se debe a una causa superior.

4º Los descubrimientos de la ciencia moderna se oponen a los milagros. Si nuestros abuelos resucitaran, quedarían deslumbrados ante nuestros teléfonos, trenes, aviones, computadoras, televisores, etc.

Respuesta. Muchos fenómenos, extraordinarios en otros tiempos, se han hecho corrientes a medida que se ha ido conociendo mejor la naturaleza y sus fuerzas. Pero estos fenómenos pueden repetirse todas las veces que se quiera, porque dependen de leyes naturales que el hombre ha logrado descubrir: jamás nadie dirá que el que un avión vuela suspende la naturaleza, sino más bien que neutraliza la ley de la gravedad con el empleo ingenioso de otras fuerzas naturales. La ciencia se aplica justamente al descubrimiento y aprovechamiento de estas leyes. Nada así sucede con el milagro: Jesús llama a Lázaro, y éste, muerto de cuatro días, sale del sepulcro contra toda ley natural, sin el auxilio de ninguna fuerza de la naturaleza. Por eso el milagro no puede repetirse cuando se quiere: nadie intentará resucitar un muerto con la palabra, arguyendo que Jesús así lo hizo; pues su causa no se encuentra en las fuerzas naturales.

3º Fuerza probatoria del milagro.

Los verdaderos milagros prueban de manera cierta la divinidad de la religión en que suceden, porque son la *señal*, el *sello* y la *firma* que Dios pone a todas sus revelaciones para mostrar que El es su autor.

El milagro de primer orden no puede tener más autor que Dios. Si ese milagro ha sido hecho para confirmar una doctrina, es Dios mismo quien la confirma y le aplica su SELLO DIVINO, porque Dios no puede aprobar el error, ni favorecerlo mediante milagros: de lo contrario, estaría engañando a los hombres. Por eso, si un hombre propone una doctrina como divina, y la respalda con un MILAGRO VERDADERO, es Dios mismo quien marca esta doctrina con el sello de su autoridad. Ese hombre no puede ser un impostor, y la doctrina que enseña es necesariamente divina.

4º Jesucristo, supremo Taumaturgo.

Es evidente que, al valerse del milagro como de una señal y de una firma, Dios tenía que confirmar con ellas especialísimamente todo lo referente a la persona y a la obra de su Hijo hecho hombre, Nuestro Señor Jesucristo.

1º Los Evangelios están llenos de narraciones de **hechos maravillosos obrados por Dios en la vida de Jesús**. El Mesías, según vaticinio de Isaías (Is. 9 6), debía ser el «Admirable», es decir, la obra más maravillosa de las manos de Dios. Fue en verdad Dios pródigo en milagros durante la vida de Jesús: la aparición del ángel a Zacarías, la anunciación, la concepción virginal, la encarnación o unión de la naturaleza humana a la persona del Verbo, la visitación, las voces angélicas del nacimiento, la estrella de los Magos, los cielos abiertos en su bautismo, la voz